

## XVII

Se han abierto las lilas, y quieren abrirse las rosas. Llegó el mes de mayo, que en sus primeros días estuvo triste y gris, con lluvias y con vientos, y que ahora, azul de cielo y templado de atmósfera, se ríe y convida a reír.

Paco, este año ignora el gozo de la primavera.

Pocos días después de aquel domingo que fué Pascua florida, oyó cómo alguien que pasaba a su lado dijo: «Ya se van acercando los exámenes.»

Paco, maquinalmente, repitió las palabras: «Ya se van acercando los exámenes», y entonces comprendió lo que significaban.

Era preciso examinarse, era preciso aprobar las asignaturas. ¡Aprobar! Paco buscó los libros; estaban nuevos y empolvados, haciendo compañía al busto de Minerva encima de la cómoda. «Aun faltan veinte días», pensó.

Colocados sobre la mesa, trató de comenzar la

tarea, pero no pudo; estaba mal dispuesto; las letras le bailaban; no entendía. «Mañana empezaré; justo, mañana, y de formalidad; no más perder el tiempo, no más tonterías; encerradito en casa, y a estudiar.»

Llegó mañana, y leyó la primera lección: no era cosa difícil; veamos la segunda: puede pasar también; a la tercera: el asunto se va embrollando un poco; es cosa de memoria, y a él la memoria..., nada, que hay que leerla otra vez. Leída, notó el estudiante cómo iba oscureciendo; levantóse, miró la hora: las siete de la tarde; ¿es posible? ¡tres horas para tres lecciones! Al día siguiente, las horas fueron siete y las lecciones dos. ¡Decían los libros cosas tan estupendas! Traían listas y más listas de nombres formidables, y luego el grandísimo sabio que las escribió pensó, sin duda, que los que habían de estudiarlo serían tan sabios como él; qué parrafadas, y qué remilgamientos, y qué aludir a cosas que él, sin duda, sabía, pero que Paco nunca oyera nombrar.

Una semana persistió en la encerrona el estudiante, que era recio de voluntad cuando al puntillo de honra le tocaban, y al cabo de ella salió a luz pública paliducho y lacio como planta sin sol.

— Pero, hijo mío — le dijo el huésped del pasillo —, te estás matando. ¿A quién se le ocurre estudiar en casa? Por las mañanitas, en la Moncloa, es donde se despiertan los sentidos, y se aprende en el aire. Allí he aprendido yo cuanto sé.

A la mañana siguiente Paco fué a la Moncloa. Un fuerte olor a campo que germina, a hierba que brota, se le entró pecho adentro hasta llegar al corazón; al respirar, notaba en el aire sabor de resina; los pájaros piaban iniciando gorjeos inseguros, como si estuvieran aprendiendo a trinar; sobre los prados de la izquierda, había enjambres de mariposas pequeñas y blancas, y en los ribazos se abrían corolas amarillas.

Más allá, un campo de trigo mostraba sus espigas a medio granar, y en su verdor reía una amapola única, color de rosa. Los pinos tenían brotes nuevos de un verde amarillento, y las acacias estaban cuajadas de flor; la copa plateada de un árbol del paraíso, esparcía su fragancia de miel.

Junto a una fuente, bajo unos pinos, sentóse Paco y abrió su *Metafísica*. Pasado un momento, pareciéndole incómoda la postura, fué a reclinarsse en el tronco de un árbol. Las sombras del ra-

maje bailoteaban sobre las páginas del libro, y el estudiante se acordó de las parras de Sotonegro. «¡Dios mío! ¿Por qué, para cumplir los deberes famosos, será indispensable estudiar *Metafísica*? Vaya, que ya me he distraído; dos páginas enteras he leído sin saber qué leía; ¡vuelta a empezar!»

El tronco del árbol es áspero y rugoso. El estudiante pensó, al cabo de un rato, que sería más cómodo tenderse en el suelo, y así lo hizo; mullida y fragante estaba la hierba; algunos tallos de ella le acariciaban las mejillas con leve y grato cosquilleo; a través del ramaje alcanzábanse a ver pedacitos de cielo azul; las hojas se movían muy despacio con vaivén rumoroso; en lo más alto de la copa estábanse un gorrión saltarín; un moscardón sonaba no se sabía dónde, y el agua de la fuente iba cayendo, cayendo, cayendo...

Paco cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos, había pasado el mediodía; el libro, casi oculto, en la hierba, bostezaba. Volvióse a casa, comió con tan rudo apetito como en sus buenos tiempos de Puente-la-Piedra, y encerróse en su cuarto, que estaba oscuro y fresco. «Puesto que ya he dormido en la Moncloa — pensó —, bien puedo sin pe-

ligro recostarme en la cama para estudiar a gusto.» Y aconteció que, una vez recostado, el frescor de la almohada y el listado de luces y sombras proyectado en el techo por las laminillas de la persiana, y el sonar distante de una guitarra de barbero que rasgueaba *soleares*, le fueron tan eficaz narcótico como las fragancias y rumores campestres, y volvió a dormirse, y volvió a despertar a la hora de anochecer.

Y esto sucedió, con ligeras variantes, un día y otro día; desde que, recogido a la vida virtuosa, dejó de trasnochar, acometióle al desventurado una invencible enfermedad de sueño; sin duda venganza tomada por el cuerpo de tantas noches pasadas en vela. Y, medio dormido, a pesar de los litros de café que a diario sorbía, llegó la terrible semana de los exámenes.

El estudiante del pasillo le acompañó en las últimas veladas; el astur, apenas comenzado el mes de mayo, desapareció misteriosamente, dejando quince días de deuda. De aquel su doctorado, nadie supo jamás si alcanzó siquiera a licenciatura.

El tiempo habíase tornado caluroso; las noches estaban llenas de ruido, porque en la angosta calle los vecinos las esperaban para gozar del fres-

co, y hacían de las aceras exiguas, salón de tertulia nocturna. Paco, nervioso, no podía estudiar oyendo el runruno de conversaciones y risas, y envidiaba con toda su alma al compañero, que, según frase propia, *se tragaba los libros* sin dársele un ardite de que en la calle hablaran o dejaran de hablar.

Después de media noche llegaba el anhelado silencio, que era otra nueva calamidad. Paco, en su vida libre en medio de la libre Naturaleza, habíase, sin saberlo, de tal modo compenetrado con ella, que no podía sustraerse a su influjo ni resistir el halago de sus voces. Callaban las gentes, y empezaba el charlar de la noche, que era la única, sí, señor, la única que charlaba como en Puente-la-Piedra; la única, por lo mismo, que le llegaba al corazón.

Harto desconfiaba él de la magia del cielo luminoso y del charlar de las estrellas; pero era el caso que muchas veces, buscando aire para respirar, acercábase al balcón, alzaba los ojos, y ¡adiós Metafísica! Unas veces, porque había salido la luna, y los tejados rebrilleaban, y las chimeneas parecían fantasmas, y las macetas de aquella boardilla eran como nidos de luz; otras, porque estaba oscuro, y sobre el fondo aterciopelado dia-

manteaban las estrellas; algunas, porque el grillo de enfrente traía, con el sonar ingrato de sus élitros, evocaciones campesinas; y no pocas, porque la codorniz del piso cuarto hablaba de las eras alestargadas bajo la luz cariciosa, siempre había algo nuevo que ver y algo viejo que añorar.

El amigo, entretanto, seguía devorando lecciones con cierta picardía, que también le faltaba al pobre Paco. Él no entendía aquello de estudiar a conciencia el primer enunciado del programa, y leer el segundo, y mirar el tercero por encima, y dejar en blanco el resto de la lección. Para su impericia de estudiante novel, estudiar la asignatura significaba saberla de memoria y poco menos que letra a letra.

— Pero, hombre — le decía el compañero —, si así no se la sabe ni el catedrático.

Y llegó la semana terrible.

Son las dos de la tarde. Paco vuelve de su postrer examen. La calle Ancha está sumida en intensa modorra; la luz cae a plomo caldeando el aire, sorbiendo hasta la última gota de humedad. Las piedras del arroyo echan chispas; los toldos de las tiendas, inmóviles, se retuestan con resignación musulmana; hay un escaparate con ropa de niño, y los trajecitos aplastados detrás del cris-

tal, con las mangas en cruz, parecen estar clamando al cielo por una ráfaga de aire. Los transeuntes van pegados a las paredes, buscando el filete de sombra. En lo alto de la calle están regando; el agua se evapora formando un vaho caliente y blanquecino. Paco siente deseos de ponerse debajo del chorro, que, al pasar, le salpica la cara con un hisopazo de gotas frescas y menudas. Hay un carro vacío y solo junto a una acera; los mangueros se divierten echándole agua encima, y el carro humea y se remoza. En la plaza de Santo Domingo los árboles duermen bajo capas y capas de polvo; duermen también, en sus pescantes, los cocheros de punto; duermen, sobre la piedra de la balaustrada, un hombre y tres chiquillos. Los escaparates tienen corridas las cortinas; bajo el toldo listado del puesto de refrescos, un hombre, con mandil y en mangas de camisa, lee *Nuevo Mundo*.

Pasa un tranvía. Paco sube en él para llegar a la Puerta del Sol. Va solo; la luz de fuera toma tonos rosados en las mirillas resinosa de las persianas. Pausadamente, el cobrador se acerca. Paco paga de prisa para quedarse en paz; cierra los ojos y piensa: —Pues, señor, me he lucido: de tres asignaturas, dos suspensos—. Suspira, y vuelve a

meditar: —¡Dichoso Madrid!— Al eco interior de este nombre, Madrid, píntanse en el espejo de su recuerdo los ocho meses que acaban de pasar, los soñados con delectación, los deseados fervorosamente, los de los triunfos y los amores. Los triunfos, ¡madre mía!, a la vista están; y los amores... ¿quién le quiere en Madrid, quién le ha querido? Sin duda, aquella desdichada de María Eugenia...

Ha llegado a la Puerta del Sol, y muy despacio se encamina a casa. ¡Ojos piadosos de Ana María, si pudierais de esta mala ventura tener piedad! Bien creo que, a poder contemplarla, la tendríais; pero, ¡ay de mí!, que cuando no la inspira el amor es la piedad cauterio sobre llaga. ¡Qué negras son las horas negras de los veinte años cuando se han de pasar a solas! Las madres y las novias saben consuelos para ellas. Paco no tiene madre, y la novia soñada, ¿dónde está?

En el portal, la chiquilla de la portería le saluda con su voz de pájaro; la escalera está fresca y oscura; la puerta de la casa, entreabierta. Paco entra sin llamar; la salita, a media luz, parece dispuesta para un velatorio; sobre el espejo, la previsión de la patrona ha tendido una gasa que, aunque es color de rosa, le presta aspecto fúnebre; parece un ataúd de niño. —¡Qué tontería!— dice

Paco, apenas se le ocurre la idea; pero sigue pensándolo. En su cuarto, la misma oscuridad e igual silencio. —Estas mujeres no saben vivir más que a oscuras—y abre el balcón de par en par; pero la luz agria que refleja la fachada fronterera da a la cama de hierro, y a la cómoda deslucida, y al espejo verdoso, y al papel marchito de las paredes, tal aire de tristeza y desamparo, que apresuradamente vuelve a cerrar. Es la penumbra hermana de la paz y trueca las tristezas en melancolías; entre sus brazos mece los desconuelos, como madre que duerme a un niño. Pero Paco no quiere dejarse dormir, no quiere de la vida consuelos, sino dichas. Achaque es éste de juventud, y Paco es joven, mucho más joven que su edad.

Aunque es hora de siesta, alguien canta: debe ser Mariquita. Paco va en busca de Mariquita, que está en el comedor y está planchando.

Los balcones del comedor están abiertos; pero hay cortinas de cretona encarnada que, filtrando la claridad, la pintan de rosa.

Hay una tabla puesta entre dos sillas, y ensartada en la tabla una enagua blanca y pomposa, como de espuma. Mariquita encañona puntillas y, entre sus manos hábiles, los hierros hacen obra de magia. Está de espaldas a la puerta. Paco en-

tra muy despacio, y, sin decir palabra, se sienta en el sofá.

La gentil planchadora lleva una falda de percal azul, y la blusa, que es blanca, tiénela arremangada y recogida para darles frescura a brazos y cuello.

La cabeza, inclinada, muestra la maravilla de la nuca, donde hacen de las suyas los rizos revoltosos; el pelo se escarola, sujeto en alto con desgairre clásico, y hay una rosa roja prendida entre los rizos; la luz rosada se le enrosca al cuello y le lame los brazos con llamaretadas sensuales. Paco adivina la boca fresca y los ojos pícaros, y vase deleitando en seguir el contorno del busto, firme y suave a la vez.

Mariquita, como si las miradas del mozo le cosquilleasen la piel, llévase la mano a la nuca y vuelve luego la cabeza.

— ¿Estaba usted ahí? Como estaba usted tan callado... ¿Se ha examinado usted?—Y, sin dar tiempo a la respuesta, añade: —Que sea enhorabuena.

— Gracias, Mariquita.

Nuevo silencio y nueva contemplación.

— Ahora que me acuerdo: usted querrá comer; son las tres de la tarde; mi madre está durmiendo; voy yo a servirle la comida.

En un segundo limpia la mesa, pone los platos, sirve los manjares. Y Paco piensa que es buena cosa, y que alegra al más triste, el ir y venir dentro de casa de una mujer-hormiga como aquella, con los brazos al aire y una rosa en el pelo.

— Ea; ya está. A comer; siéntese usted.

— ¿Es que yo le abro a usted el apetito?

— Puede que sí.

Mariquita se sienta, apoya los codos sobre la mesa y mordisquea una corteza retostada. ¡Vaya unos dientecillos resalados que tiene la muchacha!

— ¿Sabe usted que esta noche me marchó?

— ¿Se marcha usted?... Pues, mire usted, lo siento.

— Yo también... Es decir...

— ¿Y no va usted a volver otro año?

— Allá veremos.

— Aunque usted vuelva, yo no estaré ya aquí. ¿No sabe usted? Me caso... con don Marcelo.

— ¡Con don Marcelo!

— Ya ve usted — dice ella suspirando —: ¡cosas de la vida!

— ¡Cosas de la vida! — repite Paco —. ¿A él qué le importa la vida de nadie? Y, sin embargo, el casamiento de Mariquita le desazona, y piensa en

la noche de Nochebuena, y va a suspirar; pero se arrepiente y no suspira. Después de una gran pausa, Mariquita vuelve a su tarea y torna a cantar; el mozo, luego de contemplarla largamente, sale como entró: sin decir palabra.

## XVIII

La tarde, larga como de mayo, se prolonga en suavísimo crepúsculo. En el aire hay languidez febril, cansancio de todo un día empapado en sol. Las gentes van despacio, sorbiendo a toda prisa los primeros asomos de frescor que suscita el aproximarse de la noche. En el cielo, que está muy azul, aun reverberante con los ardores de la puesta del sol, se ha levantado ya la luna, tan tenue, que semeja su disco filigrana de plata, y el claro lucero camina junto a ella con no poca arrogante pomposidad. En las calles se atarean los chicos del comercio recogiendo los toldos, alborotan las criaturas, charlan de puerta a puerta las comadres.

Paco y María Eugenia van andando, en silencio, camino de la estación; él lleva cara fosca, y ella ojos tristes; míranlos las gentes, y, como no se